

Letrillas



Fotografía: Siegfried Lenz, por Lothar Schaack / Wikimedia Commons

LITERATURA

Cien años de Siegfried Lenz

por Isabel Hernández

Dos importantes centenarios, el del fallecimiento de Rainer Maria Rilke y el del nacimiento de Ingeborg Bachmann, han eclipsado este año en nuestro país otro no menos significativo: el del nacimiento de Siegfried Lenz, una de las grandes voces de las letras alemanas del siglo XX.

Nacido en Lyck, ciudad situada en la antigua Prusia Oriental, la actual Elk polaca, Siegfried Lenz fue una de las voces más lúcidas de la literatura alemana de posguerra, donde convivió literaria y políticamente con otros grandes de la talla de Günter Grass. Menos sensacionalista e incisivo que este, sin llegar tampoco a constituirse en conciencia de la nación como Heinrich Böll y sin la desbordante

seguridad en sí mismo que caracterizó a Martin Walser, Lenz se movió siempre con la misma voluntad que ellos en el terreno político, aunque es probable que su actitud serena y tranquila, al margen de los medios de comunicación y centrada exclusivamente en su literatura, le negara la popularidad más allá de las fronteras de la lengua alemana, aun cuando una buena parte de su obra ha sido traducida a más de treinta lenguas, entre otras la nuestra.

Su experiencia como joven soldado durante la Segunda Guerra Mundial le marcó profundamente y le impulsó a escribir una obra que abordó sin descanso la necesidad de una coexistencia pacífica, siempre con el sombrío

pasado que le tocó vivir como telón de fondo. El ejemplo más llamativo fue seguramente *El desertor*, una novela claramente antibélica que Lenz concluyó en 1952 y que la editorial se negó a publicar por motivos políticos. En ella narraba la historia de un soldado alemán que, en el frente oriental, duda cada vez más del sentido de la guerra hasta que, finalmente, decide desertar. Mucho de lo aquí narrado tiene carácter autobiográfico, pues él mismo, llegado a Schleswig-Holstein en 1939 procedente de la región lacustre de su Masuria natal, en 1943 fue reclutado por la Wehrmacht tras obtener el bachillerato de emergencia, para acabar desertando poco antes del final de la guerra. Sin un lugar al que poder dirigirse, vivió durante un tiempo escondido en un bosque de Dinamarca, hasta que los británicos lo atraparon y lo encerraron en un campo de prisioneros. Tras la negativa de la editorial, la novela quedó guardada en un cajón hasta 2016, cuando vio la luz apenas dos años después de la muerte del escritor. Aun a pesar del rechazo, que puede entenderse hasta cierto punto por la relativa cercanía del final de la guerra, Lenz no cejó en su empeño y continuó escribiendo sobre la disyuntiva que planteaba en ella y a la que se veía abocado su protagonista (y, por ende, cualquier individuo en situación similar): obedecer a las imposiciones del entorno social (la orden militar) o a los dictados de su propia conciencia (desertar), o lo que es lo mismo, a la práctica de un concepto erróneo del deber. Tan importante cuestión de conciencia plantea un conflicto ético que se convertirá

en el eje central de una vastísima obra literaria (más de quince novelas, innumerables relatos y ensayos, así como un sinfín de guiones de teatro radiofónico), en la que su autor practicó una constante denuncia social.

Aunque la publicación en 1951 de su primera obra, *Azores en el aire*, le había dado una temprana fama que le permitió abandonar su trabajo como redactor en el periódico *Die Welt*, fue la obediencia ciega, incuestionada, el tema que, convertido en el núcleo de *Lección de alemán* (1968), un hito de la narrativa del siglo xx, lo convertiría en un escritor aclamado. Localizada en 1954 en un correccional para jóvenes inadaptados situado a orillas del río Elba, en Hamburgo, en el que su joven protagonista, Siggie Jepsen, está encerrado en una celda castigado por haber entregado en blanco una redacción para la clase de alemán, la novela aborda un conflicto de índole moral, el de “las alegrías del deber”, sobre el que el joven debe escribir y por el que se ve superado ante la cantidad de recuerdos que se acumulan en su mente. Incapaz de describirlos en una simple redacción, incumple una vez más su deber al no poder concluir el trabajo impuesto, un trabajo al que se dedicará, sin embargo, y valga la redundancia, con alegría. Exactamente igual que el policía, el padre de Siggie, que cumplirá con su deber en cuerpo y alma, pues, como agente del orden, debe obediencia ciega a los superiores que le han ordenado vigilar a un pintor amigo suyo, cuyos cuadros tiene que destruir, pues su estilo expresionista no concuerda con la estética de los que están en el poder, una situación que recuerda de una manera muy evidente a la situación de los artistas del movimiento Die Brücke durante aquellos años. Sin dudar un segundo sobre su deber de seguir rigurosamente estas órdenes, intenta incitar a su hijo a espiarlo, lo que conduce al joven a un terrible dilema moral, que acaba resolviéndose contra el padre y a favor del pintor,

a quien Siggie ayuda a esconder sus cuadros. Es así como la obediencia se ve enfrentada a la necesidad, la autoridad al arte, la sumisión a la libertad, para acabar haciendo de Siggie una víctima de bandos contrarios, obligado a elegir entre la lealtad al padre o la lealtad al amigo admirado, cuya imposibilidad de pintar se convierte en el puente a través del que es posible interpretar la dificultad de escribir del propio narrador. Así pues, tanto la expresión pictórica como la escrita resultan ser los únicos espacios capaces de invocar la memoria, convirtiéndose en modos de expiar la culpa, de asumir la responsabilidad y de combatir la vergüenza. O lo que es lo mismo: arte y literatura son los dos únicos medios para curar de manera efectiva las heridas del pasado.

El estilo que Lenz había ido desarrollando en estas primeras obras, con un equilibrio perfectamente logrado entre un flujo narrativo desbordante y un vocabulario sencillo, se convirtió en el sello distintivo de su narrativa, por medio del cual demostró hasta el final que la literatura es, en realidad, una importante escuela de vida. Y ello a pesar de que, aun con los innumerables conflictos que plantea en sus textos, relacionados siempre con los traumas del pasado histórico, el público percibió en Lenz a un escritor de menor relevancia política que Grass, cuya carrera corrió en paralelo a la suya. Sin embargo, durante mucho tiempo hizo campaña electoral a favor de su amigo, el canciller federal Helmut Schmidt, con quien compartió muchas de sus reflexiones sobre estos temas, y de su partido, el SPD (Partido Socialdemócrata de Alemania). Su compromiso social y político se hizo visible en 1970, cuando acompañó al canciller federal Willy Brandt en su visita de Estado a Varsovia y al campo de concentración de Auschwitz, y estuvo a su lado cuando este se arrodilló ante el monumento a los judíos del gueto de Varsovia. Porque a Lenz siempre lo

movió una decidida voluntad, presente en muchos de sus textos, de reconciliación con Polonia, el país al que, una vez finalizado el conflicto, pasó a pertenecer su amada tierra natal, esa tierra que ocupa en su obra un importante papel protagonista. El paisaje del norte de Alemania, amenazado siempre por la monocromía del nazismo, que, aun finalizado el conflicto, seguía estando presente, es descrito con tal colorido y vivacidad que el lector fácilmente puede reconstruir en su mente un cuadro expresionista. Lenz puede conseguir este efecto gracias a su constante abuso de la descripción, la cual, en lugar de dificultar y dilatar la trama, como bien podría ocurrir en cualquier novela, se convierte aquí en la protagonista que hace posible que la acción avance con enorme maestría al desplegar en ella todas sus posibilidades semánticas. Necesarios para mantener viva la memoria histórica, tanto los paisajes de Masuria como más tarde Hamburgo y, en general, la costa del mar del Norte reaparecen constantemente en su obra y conforman en su totalidad un cuadro único de ese espacio nórdico del que Lenz disfrutó toda su vida. Y ello a pesar de que para él la patria no era más que un mero invento de la melancolía.

Aunque no dejó lugar a dudas sobre el lado en el que se situaba en los debates políticos, es cierto que en este terreno se mantuvo en límites discretos y no fue nunca tan enérgico como otros colegas; no obstante, su interés por la realidad del país permite que su obra pueda entenderse también como de amplia magnitud política, pues abordó de forma intensa y continuada las consecuencias de la historia alemana, la posición de las víctimas frente a los verdugos, así como la responsabilidad de la conciencia frente al deber, hasta el punto de formular estas cuestiones con una precisión cuyo nivel no ha llegado a alcanzar ningún otro autor, lo que ha hecho que los lectores siempre hayan sabido ver en él a uno

de los mayores cronistas de la posguerra alemana.

Su voluntad de asimilar y superar el pasado puede leerse no solo en otra de sus grandes novelas, *Museo local* (1988), sino también en sus numerosas colecciones de relatos. Pero la obra de Lenz es mucho más que todo esto. Es una obra de visiones y tiempos enfrentados, de una Alemania que lucha por racionalizar y superar lo irracional y casi insuperable de su pasado y de su presente, una Alemania que podría leerse, sin embargo, como cualquier otro espacio geográfico y que permite reflexionar sobre una cuestión que sigue siendo hoy, por desgracia, de actualidad: la libertad y la privación de ella. Porque una de las lecciones más importantes que es posible aprender de la obra de Lenz es que toda libertad (tanto la artística como la personal) es susceptible de ser arrebatada cuando no se trata más que de una mera ilusión o de un engaño, autoimpuesto o impuesto por otros. Como en casi ninguna otra obra de un autor alemán, Lenz plantea una y otra vez esta cuestión de radical importancia para la supervivencia, pues para él la democracia y la libertad se basan precisamente en la disposición de cada individuo a cuestionar la autoridad y a asumir responsabilidades.

En relación directa con la privación de libertad, así como con los espacios de su Masuria natal, se encuentra también otra de las importantes cuestiones sobre las que Lenz, un gran amante de la naturaleza, alerta en su obra y con la que se convirtió en un precursor de la defensa del medio ambiente ante su creciente destrucción. Por su protección abogó directamente, apelando a las autoridades allí presentes, en el discurso que pronunció en 1988 con motivo de la entrega del Premio de la Paz de los libreros alemanes, con una frase que parecería escrita hoy mismo por cualquier defensor del entorno medioambiental: “El calentamiento del clima

terrestre provocará la expansión de los desiertos, el deshielo de los casquetes polares y un aumento del nivel de los mares tal que países enteros quedarán inundados. Ya ni siquiera hace falta mucha imaginación para imaginarse la Tierra sin vida.” Las continuas contradicciones entre la economía y la protección del medio que plasmó en sus textos lo llevaron a exponer con rotundidad la única salida posible a la impasibilidad de los responsables políticos: “Si los representantes de los gobiernos no se muestran preocupados por nuestras vidas, tenemos la legitimidad para actuar por nuestra cuenta.”

Esta advertencia insistente y continua sobre la catástrofe climática es solo un ejemplo más del compromiso político y la clarividencia de Lenz, un escritor que nunca optó por recluirse en una torre de marfil y que desde sus paisajes del norte supo cuestionar las estructuras sociales y transmitir a sus lectores que la memoria y el cambio eran necesarios, dotando así a su obra de una decidida atemporalidad, en tanto que los conceptos de culpa, deber y obediencia, descritos en escenarios en los que uno puede reconocerse a sí mismo hoy en día, no han dejado de mantener, cuando no aumentar, su relevancia en nuestro mundo globalizado.

Durante sus últimos años de vida, aquejado de diversos problemas de salud que lo confinaron a una silla de ruedas hasta su fallecimiento en 2014, Lenz amplió su espectro temático con cuestiones igualmente relevantes como el dolor, el envejecimiento o el deterioro, no solo del individuo, sino también de la cultura y la naturaleza.

Ciudadano honorífico de Schleswig-Holstein, de Hamburgo y de su ciudad natal, Siegfried Lenz recibió numerosos premios por su obra, entre ellos el Premio Goethe de la ciudad de Frankfurt y el Premio Lew Kopelew de la Paz y los Derechos

Humanos. Para el narrador que había perdido su tierra natal escribir era “una buena forma de comprender a las personas, sus traumas y sus conflictos”. Tal vez por eso nunca reconoció más patria que la escritura. ~

ISABEL HERNÁNDEZ es profesora de literatura alemana en la Universidad Complutense de Madrid y traductora.

FILOSOFÍA

La humanidad de Agustín

por **Alberto Penadés**

Peter Brown, que en julio cumplió 91 años, está considerado como uno de los mayores historiadores vivos. En 1967 culminó una hazaña al alcance de pocos, escribir la biografía canónica de uno de los principales autores del canon occidental. Y uno de los más prolíficos: conocer a san Agustín como él lo hace conlleva visitar los cinco millones de palabras que dejó escritas. Escribió un volumen de 36 capítulos cortos, muy bien escrito y psicológicamente sutil. Pasaron décadas sin que nadie lo emulara en lengua inglesa. Lo revisitó en el año 2000 para añadir un ensayo crítico inmejorable y una discusión de los nuevos textos hallados desde su primera publicación.

Este es el Agustín de un historiador social. Como escribió treinta años después: “[e]ra posible contemplar un periodo completo de la historia romana tardía refractado a través de la lente de una personalidad que en sí misma parecía cambiar profundamente a lo largo de los años”. Escribir su vida le daba a Brown la oportunidad de contemplar el final del Imperio de occidente desde el interior de un sujeto.

Esto no quita importancia al libro para la historia del pensamiento, en primer lugar, porque algunas ideas

fundamentales se volvían hacia aquel interior. Esta es la biografía de alguien que reflexionaba sobre la continuidad de la persona, la memoria, la debilidad de la voluntad, los límites de la razón y el peso de los hábitos y las terquerías. Un reto, porque era un pionero (le atribuimos el descubrimiento de la voluntad); pero también una ayuda, pues escribió sobre sí mismo. En segundo lugar, porque es la biografía de un religioso revolucionario y un polemista formidable: sus ideas sobre la comunidad cristiana y la Iglesia también fueron parte del devenir de su vida.

Se trata de un Agustín “sin la teología”, como dijo Henry Chadwick —profesor de teología de Oxford—, y no como crítica. Su respetada biografía del santo apareció de forma póstuma en 2009 con un bonito prólogo de Brown, que lo tuvo como maestro, y que opinaba que bien suplía la suya en materia de doctrina. La vida más reciente, la de Catherine Conybeare (2025), subraya esos asuntos que espera nuestro siglo: la africanidad de san Agustín y la influencia de las mujeres en su existencia y sus quehaceres; además de otros menos frecuentados, como el cruce de lenguas en su medio cultural.

A lo largo del libro conocemos a un hombre muy gregario, que no podía vivir solo, sin el estímulo de la compañía, la comensalía y la conversación de los amigos, fueran estos maniqueos, jóvenes filósofos o, finalmente, hermanos de comunidad monástica. A un hombre sentimental, que lloraba mucho y amaba de forma que le costaba explicar. A un profesor que venció su repugnancia a viajar para huir de la maldición de los malos estudiantes de Cartago y en busca de unos mejores en Roma. Como el viaje cambió su vida, terminó viendo en sus insoportables

alumnos la mano de Dios. A un escritor inagotable que como muchos grandes autores aseguraba que prefería leer y que solo escribía obligado. Casi entenece ver cómo intentaba esquivar comprometerse con la larga redacción de su *Ciudad de Dios*. A un hombre al fin menos intransigente que su legado, pues como muchos grandes polemistas no quiso que sus libros se leyeran dogmáticamente, aunque así es como se haya hecho.

Era ciertamente un hombre de la periferia, un africano (púnico); pero más aún lo habría sido de haber nacido britano, como Pelagio, su coetáneo y rival. ¿Sería Pelagio pelirrojo? No veríamos nada notable en ello si ocupara el lugar del santo en el canon occidental. Que en este siglo nos intriguen cuáles fueron los probables rasgos físicos de san Agustín, o los de su madre (a Brown no tanto), dice mucho más de nosotros que del siglo iv. Con todo, es útil pensar en la exageración de que se le haya llamado el primer europeo. Un africano que solo pasó unos pocos años en Italia. Esto nos recuerda que para bien o para mal Europa es una cultura, no un territorio concreto o un pigmento. Los libros de san Agustín nos han llegado porque entraron en la tradición y en las instituciones occidentales. En otro caso, puede que estuviéramos buscando los trozos, como los de la obra de Mani, su primera seducción.

“Ama (dilige) y haz lo que quieras” es —junto con aquello de “Señor, dame castidad, pero no ahora”— una frase agustiniana que la mayoría hemos escuchado antes de leerlo. *Aime et fais ce que tu veux* se llamó una revista femenina francesa, una especie de *Cosmo* católico. Brown solo la comenta en pie de página: Agustín la citaba para explicar la severidad en las reprimendas y condenas. Comparto el pequeño chasco de los allegados a esa poética exhortación, pues como fórmula de la familia de “ama al pecador y odia el pecado” nos hace pensar más en el Santo Oficio que en la suavidad

del amor bien alentado. Pese a que el amor en san Agustín es un asunto que ha atraído a muchos lectores y no solo en la cultura popular (piénsese en Hannah Arendt), no ocupa demasiado espacio propio en esta obra.

Las dos primeras partes del libro narran la juventud y primera madurez del filósofo, hasta la redacción de lo que Brown considera su obra maestra, las *Confesiones*. En la primera (años 354-385) sabemos de un joven brillante en un municipio apartado, hijo de Mónica, devota católica, estudiante y después profesor de retórica en Cartago. Un “vendedor de palabras”, según su propio recuerdo. Su curiosidad y sus amigos lo hicieron adepto al maniqueísmo. Era un hombre que también se dijo esclavo de la pasión sexual, que vivía con una concubina, según era costumbre para quien aún no tenía medios con los que hacer una buena boda; a la que seguramente amaba, pero abandonó y devolvió a África cuando se asentó en Italia. Brown le reprocha secamente que nos haya narrado estos episodios sin escribir su nombre, que desconocemos. De ella tuvo un hijo, Deodato.

Conoció Milán, la capital imperial, y a san Ambrosio, su obispo; así empieza la segunda parte (386-395). Se entregó primero a la filosofía, la de los platónicos, y se convirtió después a la religión de su madre. De esta conversión Brown destaca el “sentido de propósito y continuidad” de quien era un filósofo y no un “creyente”. Regresó a África como Siervo de Dios. De Tagaste la Iglesia católica lo reclamó como obispo de Hipona, ciudad costera de mayoría donatista. Allí vivió el resto de su vida. En Italia había inventado un género, los soliloquios, curiosamente pensados para discutir con sus amigos. A los 43 años publicó sus *Confesiones*.

Las partes tercera y cuarta muestran al Agustín de la acción verbal, su vida como escritor, predicador, corresponsal y polemista. La tercera parte (395-410) nos introduce en su disputa

con los donatistas, hasta su derrota y proscripción, a través de panfletos, concilios y debates de alto y bajo nivel. Un “insospechado” gusto por el periodismo encuentra Brown en el santo, a quien en un momento describe como embriagado por el periodismo de batalla. La querella doctrinal era insignificante, explica el autor, no así sus consecuencias para la construcción de un pueblo cristiano y su Iglesia.

Mucho más importantes para la historia de las ideas son los años 410-420, que abordan los capítulos de la cuarta parte. En ese tiempo redacta y publica su obra magna, *La ciudad de Dios*, que aspira a demostrar el triunfo intelectual, religioso y moral del cristianismo sobre el paganismo. También entonces tiene lugar el combate contra Pelagio, el otro genio religioso de su tiempo. Allí se desarrolla la concepción agustiniana del pecado original, de la hermandad mediante “lazos oscuros”, dice Brown, de todos los humanos como iguales.

La última parte (420-430) es casi un melancólico final, que parte de un capítulo sobre la fiera oposición de san Agustín a Juliano de Eclano, católico que se resistió a condenar a Pelagio y de quien Brown hace un retrato favorable como una de las últimas cimas de la antigüedad. En esta etapa final de su vida madura la doctrina agustiniana que más reverberó en el futuro, además del pecado original: la predestinación. Su vida termina con el último aliento de la civilización romana en África, asediada y conquistada por los vándalos. Contra su costumbre, quiso morir en soledad.

San Agustín por poco me amargó la selectividad, y cuando me examiné de filosofía medieval copié. Debo a Brown, quién sabe si a la providencia, haberlo estudiado ahora. Tras recorrer su vida, mi modesta lectura ve a un hombre que encontraba en el milagro social la huella del Creador; en las extrañas fuerzas que nos empujan a tomar buenas y concordantes decisiones, siendo tan débiles

y de racionalidad tan limitada como somos, la providencia divina. Esto era nuevo y no era trivial para la piedad en un mundo poblado de demonios (en los que él creía como el que más, según explica Brown), donde el prestigio religioso —de paganos o de maniqueos— se buscaba en la interacción con las fuerzas de la naturaleza. Alejando al cristianismo de la cosmología y acercándolo, si puede decirse así, a la sociología y a la psicología, con la igualdad como premisa, contribuyó a hacer del cristianismo la peculiar religión que es. ~

ALBERTO PENADÉS es profesor de sociología en la Universidad de Salamanca. En 2016 publicó *La reforma electoral perfecta* (Libros de la Catarata), escrito junto a José Manuel Pavía.

LITERATURA

Telémaco lee la correspondencia entre Calvino y Sciascia

por **Massimo Rizzante**

¿Qué nos revela la correspondencia entre Calvino y Sciascia? Sobre todo, un mundo que ya no existe. Un mundo que ha durado siglos y siglos y que, en los años ochenta del siglo pasado, justo en el momento de la muerte de Calvino y de Sciascia, se hundió. Como si entonces la humanidad ya no pudiera soportar ese gran fardo de palabras escritas sobre la piedra y el papel en que, hasta aquellos años, creyó que había dibujado los jeroglíficos de su futuro.

Jean Paul, a principios de siglo XIX, dijo que “los libros son largas cartas enviadas a los amigos”. Con esta frase recogió para siempre la quintaesencia

del humanismo. Dos siglos más tarde, Peter Sloterdijk, en nuestro mundo “postepistolográfico”, ofrece una variante a la frase de su compatriota: “el humanismo constituye una telecomunicación que, a través del arte de la palabra escrita, engendra amistad”.

En nuestra civilización, el humanismo ha representado, en efecto, esta facultad de hacer amigos por medio de los libros. La telecomunicación (τηλε significa ‘desde lejos’), antes de convertirse en la palanca principal de nuestra sociedad del espectáculo donde todo debe ser transmitido en tiempo real, encarnó, en su forma epistolar, el placer de comunicarnos a distancia con alguien que no estaba presente. Un placer que implicaba la expectativa, el aburrimiento, el ocio, pero sobre todo la carencia y el sentimiento del vacío. Un placer que, en nuestro mundo demasiado lleno, se apagó. Ni siquiera lo recordamos. Como si la memoria, no encontrando más instrumentos con los cuales practicar, se hubiera atrofiado.

Por esta razón, siempre incómodo con este mundo que ya no siente la necesidad de hacer amigos a través de la palabra escrita, he elegido como héroe a Telémaco: “aquel que lucha desde lejos”.

Mi Telémaco no busca a su padre de manera apresurada. Si “el niño es el padre del hombre”, eso no significa que haya que quedarse siendo niño toda la vida. Al contrario. Por eso mi Telémaco combate desde lejos una guerra escritural con el fin de hacerse hombre y de conservar su distancia de este mundo. Mi Telémaco, en efecto, no quiere vivir en un mundo infantil privado de la ausencia que hace viva cada presencia, privado del arte de la palabra escrita que tiene el poder de transformar el amor por el ahora en el amor por lo que está lejos. A través de su telecomunicación, mi Telémaco intenta abrir un camino hacia todos los padres del pasado.

A pesar de que hacia el final de sus vidas nuestros padres Calvino y Sciascia sintieran crujir los puentes de la sociedad literaria —y, en consecuencia, de toda la civilización humanista moderna cuyas estructuras públicas y económicas estaban organizadas según sus valores—, los atravesaron con un paso inquieto, pero no menos fiel a la amistad nacida de la palabra escrita. De hecho, les dieron una importancia que hoy aparece incluso conmovedora. ¿Conmovedores Calvino y Sciascia, dos de los escritores italianos más lúcidos de la segunda mitad del siglo xx? Esto confirma hasta dónde nos hemos alejado de ellos y hasta dónde su época está irrevocablemente acabada.

Pienso en el joven Sciascia que, desde la provincia absoluta de su pueblo natal en Sicilia, Racalmuto, escribe a Calvino para que le envíe un libro que quiere revisar y, al mismo tiempo, lo invita a participar en una pequeña revista recién nacida. Pienso en Calvino, joven mánager de la editorial Einaudi de Turín, que le contesta a vuelta de correo, mostrándose disponible. Pienso en el amor y el interés con los que Calvino lee un cuento de Sciascia, aconsejándole unas correcciones e incitándolo a trabajar todavía un poco en ello. O cuando le agradece su artículo sobre *El barón rampante*, llamándolo “el mejor de los lectores”. O cuando Sciascia, por su parte, llama a Calvino su “primer lector”. Pienso en el intercambio continuo de libros entre ellos y en sus múltiples intereses comunes. Y luego pienso en sus comentarios que parecen flechas puntiagudas clavadas en el futuro: “De nuestra generación, solo tú y Pasolini (y Pasolini ciertamente no por sus novelas) mantendréis la cabeza a flote”, escribe Sciascia. “Los demás vivirán al día.” Y Calvino, que, en 1960, justo antes de la salida de *El día de la lechuga*, escribe a su autor: “Sabes hacer algo que nadie sabe hacer en Italia: el cuento documentario sobre un problema, dotándolo de

información completa con vivacidad visual, elegancia literaria, *savoir faire*, gran vigilancia de la lengua, gusto ensayístico (lo que se necesita y no más), color local (lo que se necesita y no más), marco histórico nacional y de todo el mundo que te salva del regionalismo, y una integridad moral que nunca cesa.”

¿Y qué se puede añadir al juicio crítico de Calvino sobre *El Consejo de Egipto*, obra donde Sciascia mezcla su “pasión histórica” con la sátira y “la mistificación filológica”? Nada. ¿Y sobre su obra de teatro *El diputado*? Tampoco nada. Aquí Calvino, como si estuviera delante de un espejo, parece reprochar a Sciascia lo que él mismo no logra alcanzar: “¿Cómo es posible que este maldito buen hombre no pierda nunca la compostura y desempeñe siempre su misión de moralista cívico? ¿Cómo es posible que no se le vea nunca surgir en persona, con su demonio interior, bajo su aspecto lírico y privado y no público e histórico, con su ‘mito’ y su ‘locura’?” En la misma carta del 26 de octubre de 1964, Calvino se detiene sobre lo que los críticos definen como su filiación al Siglo de las Luces, pero subraya las diferencias. Confiesa no sentirse un verdadero hijo de la Ilustración. Menciona que en su obra claro que existe un gusto por el siglo XVIII, no obstante, tiene que confrontarse con otras tradiciones: “el cuento fantástico-romántico, el *non-sense*, la fumistería”. Sciascia, en opinión de Calvino, es, por el contrario, un hombre de la Ilustración “riguroso”, cuyas obras poseen siempre ese “carácter de lucha civil” que las suyas nunca han tenido. ¿Pero es realmente así? ¿Cuándo las cosas para Calvino tienen una sola lectura? También Sciascia, entre sus bastidores, guarda “una serie de cargas explosivas bajo los pobres pilares del Siglo de las Luces”. Es decir, el relativismo de Pirandello, lo cómico de Gógol, la presencia continua y contigua de España y Sicilia, o sea “los polvos trágico-barroco-grotescos” que Sciascia,

según Calvino, intenta no mostrar, o mostrar muy tímidamente, quizás porque no puede romper del todo tanto con el aplomo de Voltaire y Diderot como con la compostura de Manzoni. “¡Conviértete en hispano-siciliano hasta el fondo! ¡Incluso en árabe-siciliano!” De esta manera, Cervantes ganará sobre la novela del siglo XIX, continúa Calvino, y “¡tú vas a ser realmente universal!”

En los años setenta, la correspondencia va decayendo, para desaparecer casi del todo en los ochenta (apenas dos cartas).

Hay una, la del 5 de octubre de 1974, que vale la pena leer y releer bajo la luz de la de 1964 (no por casualidad son las dos cartas más largas).

Calvino acaba de leer *Todo modo* de Sciascia. Al principio es un poco reticente con los discursos teológicos. Luego, empieza a entusiasmarse. Admira la “versión infernal de Italia bajo el partido de la Democracia Cristiana”. Le gusta buscar las citas literarias y filosóficas del libro. Encuentra su fondo común en el enlace Voltaire-Pascal, lo que confirma su idea de que en lo profundo de cada escritor *éclairé* hay siempre una apuesta metafísica. Se enfrenta a la solución de los tres asesinatos de la novela, hasta tal punto que llega a formular cinco hipótesis sobre el verdadero culpable que ni la policía ni el protagonista parecían haber encontrado.

¡En estos intentos, llenos de gozo y desperdicio analítico, destinados a resolver un misterio que debe quedar sin respuesta, está todo Calvino! ¡Y, a su manera, todo Sciascia! La desmitificación intelectual no puede nunca ganar completamente a la verdad novelesca.

No sé a cuántos amigos, conocidos y desconocidos de estos dos escritores llegaron sus cartas. Nuestra *telecomunicación* ya no pasa a través del arte de la

palabra escrita sostenida por el amor a lo que está lejos. Ya no es una *telemática*, una guerra combatida desde lejos. Nuestra sociedad mediática y mediatizada comunica y establece vínculos afectivos y sociales a través de redes que solo prefieren lo que está cerca, lo que se ve, lo que se toca, poco importa si es real o virtual. Nuestro mundo no quiere el misterio. Por eso ni siquiera puede amar los enigmas sin soluciones y sin un verdadero culpable. ~

MASSIMO RIZZANTE es poeta, ensayista y traductor. Formó parte de 1992 a 1997 del Seminario sobre la Novela Europea dirigido en París por Milan Kundera.



LOS RAROS

Genevieve Taggard. Mujer, mirlo, girasol

por **Bárbara Mingo Costales**

En una de las fotografías suyas que encuentro, la poeta Genevieve Taggard aparece acercando la cara a un gran girasol, como cuando te inclinas hacia quien tienes al lado para que el retrato salga más cálido. No sé en qué circunstancias se tomó la foto, ni si ella hizo una broma espontánea al ver el objetivo o si fue algo más preparado, pero como los símbolos nos afectan a pesar de que no los conozcamos, pienso ahora en el girasol de Taggard no solo como volumen.

No tengo a mano el diccionario de símbolos de Cirlot, pero el girasol, con la porción que le ha tocado de lo solar, debe de tener que ver con la afirmación del yo y con el lado luminoso de la vida. También con el encanto de lo rústico, con el movimiento perpetuo por la búsqueda y con el anhelo —a veces ansia— por algo más alto. Es la vida como búsqueda y es también la disposición a recibir un bien gratuito y universal. Los girasoles son también, y esto va más allá del símbolo, lo contrario de los campos aplastados por las placas solares.

Todo esto lo digo antes de haber leído sus poemas, e incluso en la foto no me habré fijado tanto si no es hasta ahora cuando detecto en ella, aunque sonría, cierto esfuerzo al sujetar la flor. Todo lo que hemos dicho que simboliza el girasol puede habersele hecho bola a Genevieve Taggard.

He llegado a ella a través de Kenneth Durant, su segundo marido, a quien conozco a su vez por haber sido el marido (después) de Helen van Dongen, la montadora del documental *Tierra de España*, que rodó Joris Ivens en 1937. Taggard tiene otro vínculo más directo con España: gracias a una beca Guggenheim, en 1931 vivió una temporada en Mallorca. Y hete aquí que justo encuentro este poema, “Fantasy before fact” (lo traduzco sin conservar los versos): “Me crucé en Mallorca con un ángel caminando, un girasol a zancadas, petaleado de rayos, de ancho rostro, que hablaba con rigor y con alegría: ‘Vamos, vamos; América, Revolución, Volved a casa’, decía en español. Y mientras me giraba hacia el este vi los girasoles de Kansas, caminando arriba y abajo por toda la tierra; vi las danzas del maíz que cruzaban las praderas en los murales de la brillante Revolución, pintados con abundancia en un cuadro como el cielo. Y América debajo igual que un mapa,

las masas trabajando, turbulentas y en orden. Vi, parece que vi, girasoles custodiando las doradas cajas fuertes de Wall Street. Los vi abrir el banco, vi cómo se desbordaba el trigo maduro y vi el desgarrar de las cotizaciones, vi el maíz marchando Hudson abajo. Me apresuré...”

Primero la fantasía y más tarde los hechos. Encuentro otra fotografía en la que Genevieve Taggard sostiene a un ser mientras posa. En este caso lleva un mirlo, que según el pie de foto estaba domesticado y se llamaba Blackie. El pájaro es una mancha oscura y ella lo sostiene orgullosa, en una posición simétrica y dispuesta que le hace parecer una estatua arcaica, con la sonrisa tranquila y el aplomo de una koré.

Encuentro también un poema suyo titulado con el nombre de un ave: *bobwhite*, que es la codorniz de Virginia. Dice, en traducción rápida: “Chico de granja, lector de la Biblia, hijo de los Ozarks, / que aprendió de este pájaro / el idioma del anhelo. / No oyó en su trino / ni la belleza hostil / ni el mundo de los poderosos. / Y tiempo más tarde / en esta isla del Pacífico, / enfermo con el mal de Keats, le dijo a su hijo / y a sus hijos más tarde / la tonada que el pájaro de Missouri había gorjeado para él. / Y leyó su Biblia y a todos los hombres se dirigió con dulzura.”

Nápoles, ciudad latinoamericana

por Michael Reid

El poema está dedicado a su padre. La isla del Pacífico es Hawái, donde vivió la familia entre 1896 y 1914, es decir, entre los dos y los veinte años de Genevieve, aunque es también, por supuesto, una isla de otra índole. Sobre la relación con los lugares, leo algunas nociones que me interesan en una compilación de poemas que publicó su hija Marcia D. Liles (*To the natural world*, Ahsahta Press, 1980), por ejemplo cuando menciona el fuerte “sentido del lugar” que tenía su madre como poeta. De hecho, el agrupamiento de los poemas no sigue un orden cronológico sino topográfico, según los lugares en los que vivió Taggard, a saber: Hawái; el estado de Washington y California; Nueva York, Connecticut y Massachusetts; Antibes, Capri y Mallorca; Vermont.

También la isla y el hombre han convocado a John Donne, que escribió que ningún hombre es una isla y que era uno de los poetas favoritos de Taggard junto a Emily Dickinson. Taggard escribió una biografía de Dickinson que fue precisamente lo que le valió la beca Guggenheim gracias a la que vivió unos meses en el Mediterráneo. El título es interesante: *The life and mind of Emily Dickinson*, que introduce esa pequeña y reveladora modificación con respecto al clásico “vida y obra”. Allí leo, en las primeras páginas, que “los Dickinson siempre habían sido un poco raros, ya desde antes de ingresar en la clase dirigente. Muchos de ellos salían pelirrojos y con temperamento celta, de lo que eran responsables los celtas de Yorkshire”, y que “su naturaleza era hacer lo que les daba la gana; hablar abiertamente, no hacer caso de las convenciones cuando les suponían un estorbo y comportarse bien a sus propios ojos [cursiva mía]”, lo que sigue pareciendo una buena guía para vivir, incluyendo ser pelirrojos, cosa que por ejemplo yo me pasé la infancia deseando. ~

BÁRBARA MINGO COSTALES es escritora. En 2024 publicó *Lloro porque no tengo sentimientos* (La Navaja Suiza).

“Ver Nápoles y luego morir”, escribió Goethe en su *Viaje a Italia*, donde cuenta el viaje que realizó en 1786. Contemplando desde el Corso Vittorio Emanuele la ciudad y su bahía, el Vesubio, verde y engañosamente tranquilo, y los contornos distantes de Sorrento y Capri, sentí que, efectivamente, es lo máximo en belleza natural para la vista. Pero en los más de doscientos años transcurridos desde que Goethe viajó allí, Nápoles ha soportado duras circunstancias y una prensa aún peor.

Visitándola otra vez hace un par de meses, me asaltó la certeza de que tiene muchas semejanzas con América Latina. Por algo Diego Maradona se sintió en casa durante los ocho años que jugó en la ciudad. Nápoles tiene la misma mezcla de grandeza y miseria, a partes iguales, que Río de Janeiro, otra excapital imperial. El barrio de Chiaia, con sus elegantes edificios residenciales de la *belle époque* napolitana y sus jardines de adelfas y buganvillas, se encuentra a solo unas calles del barrio Español, notorio hasta hace poco por su pobreza tugurizada y su delincuencia, ahora en un proceso todavía incierto de gentrificación turística.

Nápoles tiene una tradición cultural de una riqueza extraordinaria. De Virgilio a Elena Ferrante, ha inspirado a escritores y a filósofos como Giambattista Vico y Benedetto Croce. Miguel de Cervantes vivió en la ciudad de 1572 a 1575. Walter Benjamin reaccionó a su arquitectura y cultura formulando el concepto de *porosidad* que fue la base de la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt.

El Teatro San Carlo, la más grande casa de ópera en Europa y que fue visitada por Mozart, es una

remembranza del esplendor arquitectónico que trajo Carlos VII de Borbón, responsable de un embelllecimiento semejante al que lograda en Madrid Carlos III de España. Todavía hay público para ópera y música clásica en el San Carlo, cuya organización no tiene nada que envidiar al Teatro Real de Madrid. La huella de España, que en distintas formas gobernó Nápoles durante muchos siglos, es profunda.

Hay otros paralelismos con América Latina. Lo obvio: la presencia nefasta de la Camorra, la mafia napolitana que maneja negocios que van desde el narcotráfico y la prostitución hasta el retiro de desechos tóxicos, y que ejerce control territorial sobre varias ciudades y urbanizaciones en la periferia de la capital. Tiene sus pares en el Comando Vermelho de Río o los cárteles de Colombia o México.

Menos obvia es una cultura popular musical y religiosa que tiene muchas semejanzas transatlánticas. No hay que olvidar que Nápoles fue originalmente el Parténope de la Grecia antigua, y que recibió también influencia del antiguo Egipto. Marius Kociejowski, poeta y escritor canadiense que trabaja como librero anticuario en Londres, argumenta en *The serpent coiled in Naples*, un libro fascinante y todavía no traducido al español, que el catolicismo en Nápoles, a diferencia de su versión romana, tiene muchos elementos paganos. Para él, las diosas Cibeles o Afrodita yacen detrás de la Virgen María en sus versiones napolitanas. Había en la ciudad un culto a las calaveras y los muertos, vistos como representaciones de las *anime pezzentelle* o “almas atrapadas en el purgatorio”. En una ciudad en la que hay una relación inextricable entre los muertos y los vivos, “el purgatorio es la clave del alma napolitana”, escribe Kociejowski. El paralelo con México, con la yuxtaposición de la diosa Tonantzin y la Virgen de Guadalupe,

y todos los rituales del Día de los Muertos, es evidente.

En ambos casos, estos mitos y costumbres están arraigados en una cultura campesina y han sobrevivido su traslado a la ciudad. Tanto en Nápoles como en América Latina la vida es vulnerable ante los peligros de la naturaleza, como erupciones volcánicas o terremotos.

La Camorra también es un trasplante desde el mundo rural. Hay distintas teorías sobre su origen, pero todas coinciden en que se hizo fuerte con la unificación de Italia, proceso visto por muchos napolitanos (y algunos historiadores revisionistas) como una colonización llevada a cabo por Piamonte y el norte, que empobreció más que modernizó el sur, así como también suscitó una resistencia guerrillera soterrada y tácitamente apoyada por los propietarios rurales. Fue golpeada por Mussolini, que no toleraba un centro de poder rival. Tal como narra Norman Lewis en *Nápoles 1944* —la evocativa memoria de su estancia en la ciudad como oficial de inteligencia del ejército británico—, la administración militar de los aliados instaló a varios miembros de la Camorra como alcaldes en ciudades de la región de Campania, donde se ubica Nápoles. Eso fue obra de Vito Genovese, un mafioso italoamericano que trabajó como oficial de enlace del ejército estadounidense.

Hoy día la Camorra —conocida por los napolitanos como “el sistema”— es una mafia siniestra y asesina. Volvió a la conversación pública por la denuncia de Roberto Saviano en su novela *Gomorra*, que le valió a su autor una sentencia de muerte y una vida de obligada clandestinidad bajo protección policial constante. Su estructura descentralizada, comparable al Clan del Golfo en Colombia, la hace resiliente, a pesar de los esfuerzos de fiscales y policías valientes. Todo esto resulta muy familiar en América Latina.

A pesar de todo, hay algunas señales de mejora en Nápoles. Hay una nueva

línea de metro con estaciones elegantes, si bien tardó más de veinte años en construirse. Gracias en parte a los fondos europeos pospandémicos, la economía de Campania ha crecido más rápidamente que el promedio italiano desde 2019. La ciudad está atrayendo inversiones de empresas digitales; en Italia, está solo por detrás de Milán en número de *startups*, gracias en parte a sus universidades. Algunos hablan de Nápoles como la nueva Barcelona.

Aquí hay una lección para ciudades como Río de Janeiro. Las inversiones en infraestructura y la educación superior son vitales para prosperar en la economía del siglo XXI. Ya se puede ver Nápoles y vivir. ~

MICHAEL REID es escritor y periodista. Es autor de *El continente olvidado. Una historia de la nueva América Latina* (Crítica, 2019) y de *España* (Espasa, 2024).



HISTORIA

Argonautas americanos: la primera novela virreinal

por José Montelongo

El naufrago Pedro Gobeo de Vitoria se dispone a terminar “la más triste obra” que sus manos hicieron en apenas quince años de vida. Una

docena de sobrevivientes, presa del desánimo, se dispone a morir. Están cerca del estuario del río Cojimíes, entre acantilados y despeñaderos, en la costa de lo que hoy es Ecuador, y corre el año 1594. Apartando arena con las manos, usando una concha a manera de pala, la obra de que habla Gobeo consiste en cavar su propia tumba. “Estaba tan desfallecido que era forzoso pararme por momentos, ayudándome [...] el haber ayunado tres días, estar flaquísimo, consumido y deshecho, con sola la armazón de los huesos, y, por decirlo en una palabra, muerto en vida.” Además de la debilidad física, viene con el espíritu en jirones porque en treinta días de camino ha visto morir a la mitad de sus compañeros, ahogados los unos, extenuados los otros, enrevesados de hambre y sed los de más allá.

Muertos en vida: ese fue el destino de una legión de migrantes europeos que se extraviaron al otro lado del Atlántico, en un territorio desconocido, hostil y con frecuencia fatal. Eran colonizadores, buscadores de oro, soldados, marineros, exploradores. Casi todos pertenecían a la nómina de los “desesperados de España”, como los llamó Cervantes, que alguna vez deseó unirse a ellos. La descripción de hombres esqueléticos y harapientos, de ojos hundidos, viva imagen de la muerte, es un lugar común de la literatura de naufragos. Lo que distingue al libro que nos dejó Gobeo es entregar al lector, junto con el relato de supervivencia en circunstancias extremas, una síntesis de la educación humanística en la parte temprana del periodo virreinal. Después de salvar la vida de puro milagro, Gobeo logra por fin llegar a Potosí en busca de fortuna. Pocos años después, una melancolía profunda lo obliga a mirar de frente el sinsentido de aquella avidez frenética. Conversión religiosa de por medio, solicita el ingreso en la Compañía de Jesús y pasa varios años inmerso en los

estudios que cursaban los discípulos de Loyola.

Naufragio y peregrinación, escrito por encargo de sus superiores y publicado en Sevilla en 1610, no es una parada más en la larga y a veces cansina lista de relatos de sobrevivientes. En las aulas jesuitas del Perú virreinal, Gobeo siguió con provecho los cursos de retórica y asimiló las lecciones tanto de los clásicos latinos como de sus comentadores y continuadores renacentistas. Aunque el músculo y pellejo de su libro está en los infortunios narrados en primera persona, la articulación se basa en una suerte de elenco discursivo: los lamentos de su madre a quien deja sola en Sevilla, la arenga del capitán de barco antes de enfrentarse con piratas en la costa de Venezuela, la despedida de un amigo agonizante, la súplica del compañero para que no lo abandonen, en fin, una secuencia de calamidades entremezcladas con discursos suasorios, laudatorios y consolatorios, imploraciones, plegarias e invitaciones al arrepentimiento final.

A través de este despliegue de modalidades de la elocuencia, Gobeo se luce como alumno aplicado de retórica, y al tiempo que delata la inexperiencia del principiante, ansioso por recitar la lección. Toca a nosotros los lectores buscar en los ejercicios de composición de Gobeo un filón de vitalidad auténtica y emoción genuina, puesto que ahí está, bajo la hojarasca oratoria, el llanto de la madre viuda que teme no volver a ver a su hijo, los consejos para mantener la integridad en un entorno desalmado, el adiós del amigo a quien se le escapa la vida, e incluso la necesidad de escuchar una leyenda para entretejer el hambre y sobrellevar la intemperie (Gobeo dedica un capítulo a la historia interpolada de una eremita mediterránea, santa Teoctista de Lesbos, contada a la luz de la hoguera).

Gobeo conocía el relato de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca y situaba el

suyo en esa línea. La distancia que separa el espeluznante y extraordinario relato de Cabeza de Vaca del texto de Gobeo, además de siete décadas, es un trecho cultural enorme y un registro literario enteramente distinto. Tito Livio y Cicerón marcan el camino de Gobeo. Es como si el joven sevillano dijera para sus adentros: Yo también narro mis desventuras americanas, pero esto que escribo no es el reporte de un funcionario a su rey para justificar el desastre y la pérdida de una costosa expedición de conquista, sino la novela de un escritor, así sea la única que escriba y por la que mi nombre perdure, en parte por los horrores padecidos, sobre todo por la elegancia de mi pluma.

Le faltó colmillo para limar su exceso de facundia en favor del equilibrio del relato. Y, sin embargo, tuvo buen ojo para la secuencia y el detalle del drama, para pintar vivamente escenas de hambre, fatiga, desesperación, alivio y desengaño. Incluso la leyenda interpolada, más que un estrambote, funciona como un remanso que ofrece la oportunidad de interpretar, en miniatura, el sentido global del relato. Él sabía que el pasaje donde cava su propia tumba no dejaría impávidos a los lectores, y que se sorprenderían, como se sorprendió él, cuando a gritos alguien convoca a los naufragos “con la noticia de que Dios llovía cangrejos”. Y era cierto. Apenas se podía caminar en la playa sin pisar crustáceos. Gobeo los recoge del suelo, empanizados de arena, y los muerde, mientras los cangrejos se defienden hincando las pinzas en sus labios. La sangre de las dos criaturas se confunde. Para narrar la lucha por la supervivencia, Gobeo pergeñó un pequeño *bildungsroman* al borde del abismo. Con todo y sus defectos, quizás haya publicado la primera novela virreinal. ~

JOSÉ MONTELONGO es ensayista y narrador. Entre sus libros se encuentra la novela *No soy tan zen* (Almadía, 2022).

Auténticas criaturas de leyenda

por **Mariano Gistaín**

Se trata de llegar a las puertas de la muerte sin caer en ella. Esa es la prueba de acceso para entrar en esta cofradía. Por lo demás es todo tan sencillo y difícil que ni siquiera tiene nombre. Es fama que las consagradas o los consagrados han llegado a ver el otro lado de las cosas. Viven en un ay. Renuncian a todo para ganar la nada en vida.

Yendo bien se tarda doce años en alcanzar ese estado. La mayoría no llega. Los que fallan se quedan para servir, ya que una vez traspasado el umbral de iniciación ya no sabrían volver a la vida ordinaria, el roce de las cosas les ofende.

Eso me pasará a mí, pero estoy bien, acepto que no voy a llegar a la paz del no ser pero me quedará cerca, me conforta saberlo, me conformé con todo.

Estas notas son del informe de noviciado. La persona a que aluden consiguió el máximo grado hasta un punto que sorprendió al claustro y al colegio de eméritas, pero ella estaba convencida de que no lo lograría. Algo que había visto en las prácticas de Adivinación del Futuro 2 la hizo renunciar, así que cuando llegó el momento de sellar los votos desistió.

Por más que las compañeras de promoción —no hay jerarquía mayor, ya que las predecesoras, ya sin halo, debían ser elevadas y esparcidas en la ceremonia de renovación—, insistieron con sus miradas para que reconsiderara su negativa, pues la tenían como la mejor entre ellas, la que más cerca estaba de la nada y del olvido absoluto de sí, ella no cedió e insistió

en dedicarse al servicio de las demás, como si no hubiera superado los grados y las pruebas.

Esta renuncia fue el fin de las selfeidas o selfideas, denominaciones populares, ya que ellas debían renunciar el primer día a los nombres tanto individuales como colectivos.

A ella la acusaron de que tanta humildad rozaba la soberbia, y la administración de la cofradía que iniciaba a las elevadas y las preservaba del mundo exterior decidió que ante tanta arrogancia solo cabía la expulsión, pues, si aquella que reunía más méritos para encarnar los misterios de la orden se negaba a asumir su lugar natural, la selecta corte de mecenas secretos abandonaría a las demás a su suerte, como así fue.

Los filántropos dejaron de visitar la finca para lavar sus almas y divulgar sus pecados, pues lo que hacía único al Valle de Lágrimas, lo que le daba un valor inalcanzable tanto para los socios como para establecimientos rivales era la comunidad de las efeidas (otro de los muchos nombres que la leyenda les adjudica), criaturas que porfiaban, con peligro de sus vidas terrenales, en los misterios de la espiritualidad extrema, la desmaterialización y la nada sin fin.

Empezó como un negocio que aprovechaba espacios deshabitados y la sumisa complicidad de los últimos habitantes de un pueblo próximo que ya no salía en el catastro para copiar un modelo de éxito de otras latitudes, tal vez una franquicia.

El advenimiento de las selfeidas, como las bautizaron enseguida aquellos escasos vecinos y los primeros trabajadores (todos de la familia, porque fue siempre secreto), le dio al simple negocio un halo de espiritualidad imbatible y lo encumbró a una altura que ninguna otra institución de este tipo había alcanzado jamás.

Presidentes, dignatarios y bilionarios de todos los continentes se sometían a las mayores vejaciones y acataban lustros de listas de espera



para pasar unos días de austeridad extrema en el retiro de un recóndito valle olvidado. En sus dependencias, apenas un convento ruinoso ya invadido por la broza, se habían acordado los destinos de la humanidad en las últimas décadas. Las verdaderas élites, tan discretas que ni se conocían entre ellas, se purificaban en común y salían renovadas y perplejas.

La expulsaron con la mayor discreción y el mismo pueblo quedó desierto en cuanto se decidió el cierre, pues el santo resort era la única forma de vida en ese paraje inhóspito. Fue todo tan rápido que aún reverbera el aleteo de halos y auras.

En cuanto dismantelaron el exiguo campamento, los lince, lobos y osos con que se habían ido repoblando los términos cercanos ramoneaban entre las renacidas buitreras.

A ella la vistieron con ropas amplias para ocultar su aspecto, que hubiera escandalizado a cualquiera (eran casi traslúcidas y la purísima piel apenas velaba el fulgor de los huesos), y la dejaron en un hotel barato en la capital con sus papeles inventados, un poco de dinero y la estancia pagada para un trimestre.

Lo primero que hizo fue orientarse con su afinadísima intuición —sus compañeras la adoraban porque rezaba siempre alineada con el eje de la galaxia—, y luego salió a las autovías a

hacer autostop para volver a su única morada, porque fuera de la paz del recinto no hubiera sobrevivido.

Sus compañeras, a las que ni siquiera se les concedió el honor del sacrificio, fueron entregadas a feriantes de la peor ralea para que las exhibieran en tugurios de espanto. Muchos clientes hubieran dado lo que fuera por llevárselas a sus mansiones, yates y palacios, pero la junta de accionistas prefirió preservar el mito haciéndolas desaparecer y dejando que una empresa especializada en borrar pasados confundiera sus huellas.

Pasados los años de la cláusula de confidencialidad, las personas de esa empresa que habían hecho el trabajo, una vez jubiladas, reconociendo que no podían vivir en paz, se propusieron investigar para aclarar si todo había sido una leyenda, otro negocio fallido o si había algo de verdad en lo referente a las criaturas numinosas. Pero habían hecho tan bien su trabajo que no encontraron nada, excepto este manuscrito que redactó una primitiva IA en prácticas. Por eso ahora, cuando algún cazador las encuentra, mayores e inmortales, por esos caminos de lobos, acelera y sigue. ~

MARIANO GISTAÍN es escritor. Lleva la web gistain.net y el blog *Veinte segundos en 20 minutos*. En 2024 publicó *Nadie y Nada* (Prames).